GALERIA DRAMATICA SEVILLANA

X

EL HIJO
DE
SANCHO EL NOBLE.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA.



SEVILLA.

Imprenta del CIRCULO LIBERAL, Rosario 21.

1882.

PERSONAJES.

AURORA.
RAMIRO, príncipe de Navarra.
JUAN GARCÉS.
RAMON, que se titula Rey de Navarra.
FORTUN-LOPEZ.
CASTRO.
GARCIA.
IÑIGUEZ.
AZNAR.
JIMENEZ.
Conspiradores y Soldados.

La accion pasa en Santa Maria de Uxué, villa de Navarra.—Año de 1077.

NOTA.—Entiéndase por derecha é izquierda la del Apuntador.

ELHIJO DE SANCHO EL NOBLE.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un campo: á la derecha se verá la fachada de un castillo, á la izquierda la de un palacio. Poco más allá se verán las ruinas de un edificio. Al foro, árboles, plantas, etc.

ESCENA PRIMERA.

El Rey y Castro. Es media tarde.

Castro — Podeis creerme, señor.
Rey — ¿Con que su padre conspira?
Castro — No sé tanto: sé que tiene
aquí misteriosas citas:
sé que, al dar las oraciones
en esa Iglesia vecina,
se cubre el campo de gentes
con linternas encendidas,
y que mas de algun curioso,
por mostrar su valentía,
hasta este sitio ha llegado
y en él se dejó la vida.
Rey — Y dí, Castro: ¿cómo en esto
no interviene la justicia?

CASTRO Ha intervenido, señor,
pero fué tan poco lista,
tomó tantas precauciones
y tan ruidosas medidas,
que cuando vino á prenderlos
sólo encontró esas ruinas.
REY ¿Y estás seguro, buen Castro...?
CASTRO Sí tal.
REY ¿Conque se conspira
en el nido delicioso
donde esa paloma anida?
¡Oh! Bien puede esa paloma
mostrarse humilde y sumisa,
y no espere que el neblí
tienda sus alas altivas
y alcance la débil presa
que tanto y tanto codicia.
Porque si no se me rinde,
si, como siempre, me irrita,
la cabeza de su padre,
destilando sangre tibia,
verá puesta en una escarpia
en la plaza de la villa.
Al padre castigaré
si no se rinde la hija.
CASTRO Pero...
REY No sé... Me enloquece
de esa mujer la sonrisa.
Un mes hace que la sigo,
cual sigue la noche al dia,
y no se apaga este incendio,
esta pasion no termina,
aunque siempre á mis palabras

Aurora se muestra esquiva.
Pienso, á veces, que á otro hombre
adora correspondida,
y me consumen los celos,
y me consume la envidia.

CASTRO ¿Sabe vuestro nombre?

REY Nó,
ni tú jamás se lo digas,
que si mi nombre supiera
el horror la mataria.
Que no sepa nunca, nunca,
que están mis manos teñidas
en sangre de un inocente,
en sangre de mi familia.
Se uniera su maldicion
á tantas ¡ay! como vibran
sobre la augusta diadema
que ya en mis sienes vacila.
Apresta sus nobles huestes
Alfonso, rey de Castilla,
y tala el Aragones
mis pueblos y mis campiñas.
Mis vasallos se levantan,
ardiendo en terrible ira,
y me abruma esta existencia
que en todas partes peligra.
Pero, Castro, la ambicion
de tal modo me domina,
que si elejir me dejáran
entre mi trono y mi vida,
el trono, aunque en él muriera,
sin dudar elejiria. (Páusa.)
Esa mujer tarda mucho;

ya, sobre aquellas colinas,
entre un ropaje de nubes
se oculta la luz del dia.
Á par que ansioso la espero,
temo, Castro, su venida.

CASTRO Si supiera esa mujer
vuestra noble gerarquía,
ablandára su rigor,
quizás la vierais sumisa.

REY Nó; sólo desesperarme
podrá esa mujer querida.
Pero si estalla el volcan
que aquí fermenta y se agita,
si se desborda el torrente
de mi furia comprimida,
que no espere compasion;
tenérsela no podria.
Si juzgas que la pantera
está durmiendo tranquila,
teme, Aurora, que despierte
y á la lucha se aperciba,
que he jurado, en mis furores,
verte muerta, si no mia.
—Y tarda mucho.

CASTRO Señor,
á este sitio se aproxima.

REY Voy á hablarla.—Tú, al momento,
éntrate en esas ruinas. (Castro se oculta en ellas.)

ESCENA II.

El Rey, Aurora, y tres escuderos que entran en el castillo.

Aurora — Mis escuderos, entrad,
que á mi padre esperaré
yo sola. No se por qué
siento un afan...

Rey — Perdonad,
Aurora, si os doy enojos.

Aurora — (Este hombre me causa miedo.)

Rey — Pero yo vivir no puedo
ausente de vuestros ojos.
Castellana, castellana
la de los lábios de rosa,
¿quién os hizo tan hermosa
y en condicion tan tirana?
Algun fuego seductor
en vuestro pecho se agita:
ese corazon palpita...
¿palpita, acaso, de amor?
Nadie cual yo os ha querido,
no podeis dudarlo ahora:
¿nunca habeis sentido, Aurora,
lo que por vos he sentido?
Bella mujer celestial,
que otra cual vos yo no ví,

compadeceos de mí
y dad alivio á mi mal.

AURORA ¿Qué importan vuestras razones
si mi pecho no se ablanda?
¿No sabeis, que no se manda,
señor, en los corazones?
Buscad ambicion y gloria,
porque alcanzarlas podeis;
mi corazon no busqueis.

REY ¡La ambicion!... ¡dicha ilusoria!
¡Gloria!... En prisiones mezquinas
los que la alcanzaron gimen:
la ambicion produce el crímen,
la gloria produce espinas.
Pero... escuchadme, señora:
vuestro desden me maltrata:
tambien mi despecho mata;
tenedlo entendido, Aurora.

AURORA ¿Me amenazais?

REY ¡Nó, por Dios!
¿Cómo habré de amenazar,
si tan sólo sé rogar,
cuando estoy cerca de vos?

AURORA Pues bien: si sois generoso
cual vuestro acento demuestra,
dadme, señor, una muestra
de ese corazon hermoso.
Por mí, tambien por vos mismo
de este sitio os debeis ir:
sí, no me hagais sucumbir
y caer en el abismo.
Soy mujer, mas soy honrada:
mi padre nunca manchó

su honra: no quiero yo
verla por mí mancillada.
Y nó espereis de mi boca
otra razon mas desnuda,
que mi boca será muda,
mi pecho será de roca:
y por huir vuestras quejas,
vuestro delirio incesante,
ni aun asomaré el semblante
á los hierros de esas rejas.
Mi padre es bueno y leal
como todos los de aquí,
y el acercàros á mí
os puede ser muy fatal.

REY Aurora, no soy tan necio
como quereis suponer,
y, en esas palabras, ver
pude ya vuestro desprecio.
Vos no sentís esta fiebre
que me quema el corazon:
yo á su funesta impresion
temiendo estoy que se quiebre.
¿Á qué contaros mis duelos,
á qué mi terrible pena?
Yo romperé esta cadena
vengando á la par mis celos.

AURORA ¡Celos! ¿Y de quién?

REY De un hombre.

AURORA Si me ofendeis...

REY Nó, en verdad.
No ofendo, pero...

AURORA Acabad.
¿Su nombre?...

REY No sé su nombre.
AURORA (¡Ah!)
REY Pero bien me figuro,
cuando así me despreciais,
que á otro más dichoso amais:
no lo sufriré, lo juro.
¿Y amais?
AURORA Es ley del destino
que así suceda, señor:
¿quién esperanza y amor
no ha encontrado en su camino?
REY ¿Luego adorais?...
AURORA Con el alma
toda.
REY Dejad que me asombre.
¿Su nombre?...
AURORA ¿Qué importa el nombre?
REY ¿Por él perdisteis?...
AURORA La calma.
REY ¿Y es noble?
AURORA Noble y valiente.
REY ¿Y os adora?
AURORA No lo sé.
REY ¿Y le otorgásteis?...
AURORA Mi fé.
REY ¿Está en Navarra?
AURORA Está ausente.
REY ¿No sabeis si os ama?
AURORA Nó.
REY Si os quisiera...
AURORA Le querria.
REY ¿Y si nó?
AURORA Más todavia.

REY ¿Nada puedo esperar yo?
AURORA De mí, nada.
REY Aurora, Aurora,
pedid piedad á los cielos.
AURORA ¿Por qué?
REY Porque tengo celos.
AURORA ¿Quereis?...
REY Vengarme, señora.
AURORA ¿Vengaros?
REY En el que amais.
AURORA ¿Sí?
REY Sí.
AURORA Dejad que me asombre.
¿Su nombre?
REY ¡No sé su nombre!
Pero no importa.
AURORA ¿Os burlais?
REY Yo os juro...
AURORA Yo os desafío...
REY No jugueis con el leon.
AURORA De esa altiva presuncion...
REY ¿Os compadeceis?
AURORA Me río.
REY ¿Os reís?—Bien. Esa risa
costará mares de llanto,
que, despues de rogar tanto,
acude el rencor aprisa.
Lo he jurado y...
AURORA ¡Nó, por Dios!
REY No pidais perdon ahora.
Vengarme he jurado, Aurora,
y voy á vengarme en vos. (Sale Garcés.)
GARCÉS (¡Oh, qué miro!)

AURORA ¿Donde estás,
que á defenderme no acudes,
padre mio?
REY No lo dudes;
estás sola. Ven.
AURORA ¡Jamás!
Antes mi cuello divida
un acero matador.
REY Yo he venido por tu amor...
GARCÉS Y yo vengo por tu vida.

ESCENA III.

DICHOS: GARCÉS y CASTRO. (Va cayendo la noche.)

AURORA (¡Ah!)
GARCÉS ¿Quién sois, que así manchais
la vejez de un noble padre?
Sacad al punto el acero,
dadme cuenta de ese ultraje,
que todo aquel que es honrado
lava sus manchas con sangre.
REY Anciano...
GARCÉS Aunque soy anciano,
la furia en mis venas arde.
¿Por qué te ocultas el rostro?
¿Te avergüenzas de mirarme?
REY Castro, aquí.
GARCÉS Llama á tu gente.

CASTRO Voy, señor.
REY Pronto.
GARCÉS Es en balde.
REY Tómala en tus brazos, corre... (A Castro.)
CASTRO Perdonad...
AURORA Nó... Padre... Padre...
GARCÉS Hija mia, espera, espera...
AURORA. ¡Favor! (Desaparece Castro con Aurora.)
GARCÉS Favor voy á darte.
REY Anciano, para librarla,
pasarás sobre un cadáver.
GARCÉS Pues bien, al aire la espada,
que tengo sed de tu sangre.
(Riñen y el Rey desarma á Garcés.)
¡Ah!
REY Te vencí en buena ley,
pero no quiero matarte.
GARCÉS La muerte... dame la muerte...
REY Queda adios.
GARCÉS ¡Infame, infame!

ESCENA IV.

GARCÉS.

Callad, canas humilladas
con el más sangriento ultraje,
no me deis quejas á mí,
que quejas no podeis darme.

Espada ¿de qué me sirves (Recoje la espada.)
si nó puedo manejarte,
y de mis débiles manos
avergonzada te caes?
Voy á seguirla... mas son
inútiles mis afanes.
Soy viejo... Mis escuderos, (Salen cinco.)
á mí, venid al instante.
Ese bosque registrad
con la dicrecion más grande:
de registrar no dejeis
uno solo de sus árboles;
y si encontrais á mi hija,
amparo y socorro dadle,
y, viva ó muerta, traedla
donde la mire su padre... (Vánse los escuderos.)
Corred... corred... ¡Ay de mí!
Yo no sé... Me falta aire...

ESCENA V.

DICHO, y FORTUN-LOPEZ.

FORTUN ¿Don Juan Garcés?
GARCÉS ¡Fortun-Lopez
FORTUN Permitidme que os abrace.
GARCÉS ¡Vos aquí! Llegais á tiempo...
FORTUN Recibí vuetro mensaje

en Pamplona, y vengo al punto
para saber vuestros planes.
Pero... hablad. ¿Estais llorando?

GARCÉS De ira son estas señales,
que en la vejez y en la infancia,
por más, Fortun, que os estrañe,
de la tristeza y la ira
son las señas casi iguales.

FORTUN Pues ¿qué causa?...

GARCÉS Me han robado
la mejor flor de este valle,
una hija, cuya hermosura
causaba envidia á los ángeles.

FORTUN Mas...

GARCÉS Quise evitar el robo,
mi espada puse delante
del raptor... pero fué en vano
que yo la espada sacase,
y me ha vencido, y se ha ido,
Fortun-Lopez, sin matarme.

FORTUN Si serviros puedo en algo,
disponed.

GARCÉS Yo he de encontrarle,
y si le encuentro, ¡ay de él!
que no habrá ya quien le salve.

FORTUN Desde la subida al trono
de don Ramon el Infante,
que rey, aunque no lo es,
le apellidan sus parciales,
van cundiendo por Navarra
crímenes y liviandades.
Y ¿estais dispuesto?...

Sí estoy.

Aunque es mi desdicha grande,
todo, todo he de olvidarlo
cuando la Patria me llame.

FORTUN ¡Oh Patria, oh Patria, qué horrible,
qué mala suerte te cabe!
Alfonso, rey de Castilla,
va quemando tus ciudades;
Ramirez, rey de Aragon,
ambiciona apoderarse
de tu corona real,
que ostenta teñida en sangre
un fatricida traidor,
que osa Monarca llamarse,
y en tristes guerras civiles
tus mismos hijos combaten.

GARCÉS En Najera ya tremola
el castellano estandarte,
y en la Rioja y Briviesca
ofrecen los naturales
al Monarca Aragonés
sumision y vasallaje.

FORTUN Navarra gime su suerte.

GARCÉS Nadie á su defensa sale.
Los que pueden defenderla
vuelven la espalda cobardes,
sin defender otra cosa
que ódios y parcialidades.
Fortun-Lopez, Fortun-Lopez,
á vos no recurro en balde.
¿Jurais salvar á Navarra
del abismo que se abre
á sus piés?

FORTUN ¿Que si lo juro?

Sí, amigo.

GARCÉS Los brazos dadme.
Venid, entrad en mi casa,
os diré todos mis planes...
Entremos, porque es preciso
que no nos escuche nadie.

FORTUN ¿Olvidais á vuestra hija?

GARCÉS Nó, pero la Patria es ántes. (Entran en el castillo.)

ESCENA VI.

EL REY y CASTRO.

REY Anciano, en tu furia insana
has osado amenazarme,
y no te he dado la muerte
porque eras, al fin, su padre.
Tú, no te quejes, Aurora,
que es tu suerte inmejorable,
y para el águila altiva
las garzas gentiles nacen.
Ambicion, gloria y amor
me dan violento combate:
ambicion y amor consiga:
todo lo demás ¿qué vale?

CASTRO ¿Sois vos?

REY ¡Castro! ¿Cómo aquí
te encuentro? Por Dios que hables.
Aurora...

CASTRO Señor...
REY Aurora,
¿dónde, dónde la dejaste?
Habla pronto...
CASTRO Perseguido
por escuderos leales
y abrumado con mi carga,
entre el espeso follaje
del bosque busqué un asilo
donde poder ocultarme.
En vano: los escuderos
me venian al alcance...
REY Basta, basta: he comprendido.
Al fin la presa soltaste...
CASTRO Es verdad. No es culpa mia
si se ha malogrado el lance.
REY Nó, Castro, nadie te culpa,
sí á mi destino mudable,
que todas mis esperanzas
son castillos en el aire.
Mas pienso hacer un castillo,
que hasta las nubes se alce,
y de cabezas humanas
pienso que será la base.
Los traidores aquí vienen
segun dijiste esta tarde,
y ya mi furor dispone
un castigo formidable.
No en vano rey de Navarra
he llegado á titularme:
yo haré que sobre sus cuellos
la ley el hacha levante.
Voy á reunir los soldados.

que en esta villa se hallen.
Tú vigila y no descuides
el punto más importante.
Irás á la villa luego:
soldados que te acompañen
te daré: cuida que queden
ocultos entre esos árboles.
Prepararás la emboscada
con tal precision y arte,
que cercados por los tuyos
no puedan luego escaparse.
Te va en ello la cabeza.

CASTRO Mas, señor...

REY Observa y cállate.
Adios. (Váse.)

CASTRO Él os dé su amparo
y tambien á mí me ampare. (Váse.)

ESCENA VII.

RAMIRO, AURORA, y los cinco escuderos de la escena IV.

RAMIRO No temais: venid, venid.
Estais en salvo.

AURORA ¡Salvada!

RAMIRO Por una mujer, mi espada
está pronta á entrar en lid.
Más por vos, cuya hermosura

de tal modo me enagena,
que llevar vuestra cadena
fuera mi mayor ventura.

AURORA ¿Y con qué podré pagar
servicio tan señalado?

RAMIRO Mi servicio está pagado,
y no os teneis qué cansar.
Quien salva mujer tan bella,
¿debe galardon pedir?
No, su suerte bendecir
que lo encaminó tras ella.
Y yo que busco la muerte
porque estoy desesperado,
digo, al ver que os he salvado,
bendita sea mi suerte.

AURORA ¿La muerte buscais?

RAMIRO Si á fé..

AURORA ¿Cansado estais de la vida?

RAMIRO Me fué otro tiempo querida.

AURORA Pero ¿ese tiempo?

RAMIRO Se fué.

AURORA Perdonad si os importuno.

RAMIRO Decid.

AURORA Entre sus encantos,
pues tiene la vida tantos,
¿no habeis logrado?...

RAMIRO Ninguno.
Yo soy planta que vejeta
escondida entre otras flores.

AURORA ¿Y el afan de los amores?

RAMIRO Tampoco ese afan me inquieta.
A una mujer he adorado
con toda mi alma y mi fé.

Yo partí, no la olvidé;
mas ella me habrá olvidado.
Y así, errante peregrino,
cruzo el valle del dolor,
sin encontrar una flor
que embalsame mi camino.

AURORA Y ¿no teneis confianza
en que cambie vuestra suerte?

RAMIRO Os he dicho que la muerte
era mi sola esperanza.
Lágrimas y desengaños
y dolor, si bien me fundo,
fué lo que encontré en el mundo
desde mis primeros años.
Vos no podeis comprender
mi pena ni mi tormento,
y lo que espresa mi acento
tampoco podeis saber.

AURORA. Nó, nó: mi razon no alcanza
á comprender lo que ansiais.

RAMIRO ¡Cómo! ¿No lo adivinais?
Busco venganza, venganza.

AURORA Tal pensamiento es estraño
en quien á Jesús adora.

RAMIRO ¡Pero me han hecho, señora,
tanto daño, tanto daño!

AURORA Él os manda perdonar
por más que esteis ofendido.

RAMIRO Y todo lo que he sufrido,
¿cómo lo podré olvidar?

AURORA Si, perdonad, que el perdon,
y el oirlo no os asombre,
enaltece más al hombre

y eleva su corazon.
En vuestro pecho cristiano
la cólera no despunte,
para que Dios no os pregunte:
¡Cain! ¿qué hiciste de tu hermano?

RAMIRO ¡Ah!

AURORA ¿Confesais, es verdad,
que no está ese pecho seco
y ha despertado algun éco
á la voz de la piedad?

RAMIRO Señora...

AURORA Sí; del encono
arrojad lejos la venda,
y decid al que os ofenda:
«lejos de aquí, te perdono.»
Así os vengareis.

RAMIRO ¿Á quien
no daré perdon ahora?
¡Oh, gracias, gracias, señora!
¡Me habeis hecho tanto bien!
Es más grata al pecho mio
esa voz, que blanda suena,
que á la naciente azucena
frescas gotas de rocio.
Ya sé lo que es perdonar,
que no lo supe hasta aquí.
Yo entre desdichas crecí
y ellas enseñan á odiar. (Páusa.)
Por mí de ver no dejeis
á vuestro padre.

AURORA Nó, nó.
Diré quien me socorrió,
y quiero que le espereis.

RAMIRO Su gozo no se retarde.
AURORA Voy al momento á su lado,
que estará desesperado.
Caballero... Dios os guarde.
RAMIRO Él os bendiga, señora.
(Aurora entra en el castillo con los escuderos, sin dejar de mirar á Ramiro hasta que desaparece del todo. Ramiro la sigue con la vista.)

ESCENA VIII.

RAMIRO, á poco GARCÍA.

RAMIRO Mis ojos tras ella van.
Siento en el alma un afan...
¡Como se parece á Aurora!
Aurora, imágen risueña
de otros tiempos infantiles,
cuyos delirios gentiles
el alma insensata sueña:
Aurora ¿porqué te ví
hermosa, pura y amante,
si fué dicha de un instante,
si al momento te perdí?
Al partir, aquí dejé
mi madre y mi amada yo.
En este palacio... Nó...
(Va á llamar y se detiene. Ve á García que pasa por el foro.)
No me atrevo... Escuchad.
GARCÍA ¿Qué?

RAMIRO ¿Sois natural de esta villa?
GARCÍA En ella tuve mi cuna.
RAMIRO ¡Ah! bendigo mi fortuna.
GARCÍA ¿Eso, acaso, os maravilla?
RAMIRO Nó.
GARCÍA Hidalgo, pues...
RAMIRO Perdonad...
GARCÍA ¿Qué os pasa, buen caballero?
RAMIRO A algunas preguntas quiero
que contesteis la verdad.
La reina doña Placencia,
¿aun vive? ¿vive?
GARCÍA Murió.
Este palacio miró
terminarse su existencia.
RAMIRO ¿Y una dama encantadora
que en este sitio vivia, (Señala á las ruinas.)
decid, vive todavia?
Se llamaba doña Aurora.
Contestad pronto, os lo ruego...
GARCÍA La casa qué estais mirando...
No sé ni cómo ni cuando,
mas sé que la tragó el fuego.
RAMIRO ¿Y no sabeis?...
GARCÍA Nada sé,
porque yo partí á la guerra.
RAMIRO ¿Y al volver á vuestra tierra?...
GARCÍA Solo ruinas encontré.
Si lo permitís, me voy.
Nada más puedo deciros.
RAMIRO Gracias mil.
GARCÍA Para serviros,
de la torre alcaide soy. (Váse.)

ESCENA IX.

RAMIRO.

Creer ¡ay de mí! rehuso
un destino tan tirano.
¡La muerte aquí puso mano,
y el fuego allí mano puso!
Y es verdad.—¡Que no me cuadre
verter este llanto ahora!
¡Pero el llorar no desdora,
y yo lloro por mi madre! (Cae de rodillas.)
¡Oh Dios!—Y esta pena es
la pena que más sentía...
¡Oh! ¿No es verdad, madre mia,
que desde el cielo me ves?
Nadie en el mundo me abona,
y mírame aquí postrado
hijo y hombre desdichado,
rey proscrito y sin corona.
Desgarrado el corazon,
lleno de mortal tristeza,
pido para mi cabeza,
¡oh madre! tu bendicion.
(Sale Garcés del castillo.)

ESCENA X.

DICHO, y GARCÉS.

GARCÉS Hidalgo... hidalgo, escuchad.
RAMIRO (Levantándose.) ¿Quién va?
GARCÉS Quien tiende sus brazos
y espera que sean los lazos
de la más firme amistad.
RAMIRO No os conozco... Mas, por Dios,
que una pregunta os dirija
permitid.
GARCÉS Si tengo hija,
lo debo tan solo á vos.
RAMIRO ¿Aurora?
GARCÉS Sí. Sí. No sé
cómo vuestra accion pagaros.
RAMIRO No teneis que molestaros.
GARCÉS ¿Sois pobre?
RAMIRO Si, por mi fé.
Pero tambien soy altivo.
GARCÉS ¿Si algun premio os ofreciera?...
RAMIRO Anciano, nada admitiera,
que limosna no recibo.
GARCÉS ¡Es tan grande mi contento!
No podia imaginarlo.
Solo puedo compararlo,
jóven, á mi sentimiento.

Sí: con acciones villanas
robar un hombre queria
á la hija del alma mia,
el encanto de mis canas.
Yo, que en ella me he mirado
desde que murió mi esposa,
su pérdida lastimosa
lloraba desesperado.
Y vos me la habeis traido...
Pedidme cuanto querais.

RAMIRO Anciano, que me agraviais.
Mi deber sólo he cumplido.
Vagaba por la espesura
en busca de la ciudad,
y á la última claridad
del sol, miré una hermosura,
que en tierra inerte yacia:
dirijí mi paso allí;
muerta al pronto la creí,
pero me engañé, vivia.
Tras los auxilios primeros
hácia el castillo bajamos,
y, en el camino, encontramos
vuestros pajes y escuderos.
Nada tiene, en conclusion,
el hecho, para que asombre,
y os juro que cualquier hombre
hiciera la misma accion.
Y si molesto no estoy,
decidme: ¿á don Juan Garcés
conoceis? ¿Sabeis quien es?

GARCÉS ¿Don Juan Garcés?

RAMIRO Sí.

GARCÉS Yo soy.
RAMIRO ¿Escribísteis una carta
al Príncipe don Ramiro?
GARCÉS La escribí... Pero ¡qué miro!
¿Seriais vos acaso?
RAMIRO Aparta
tal pensamiento.
GARCÉS ¿Qué nueva
venís á participarme?
RAMIRO Porque no pueda engañarme,
de ser Garcés da una prueba.
Pronto
GARCÉS Esperad que recuerde
de la carta la razon.
«En manos de don Ramon (Como recordando la carta.)
Navarra toda se pierde.
Y así, sino os acobardan
los riesgos de fiera lid,
no os detengais, y venid:
vuestros nobles os aguardan.»
RAMIRO Sois Garcés.
GARCÉS Vos... ¿Don Ramiro?
RAMIRO Sólo soy su embajador,
que le tengo mucho amor
y en todo á servirle aspiro.
GARCÉS Y ¿el Príncipe es desdichado?
RAMIRO En lo imaginario toca.
El pan que llevó á su boca
fué muchas veces robado.
GARCÉS Pero á vos, quien quier que fueres,
¿el Príncipe os ha advertido?...
RAMIRO El Príncipe me ha investido,
Garcés, de extensos poderes.

GARCÉS Él tiene un alma bizarra
y ha obrado siempre sin dolo,
y os digo que él solo, él solo,
puede salvar á Navarra.

RAMIRO Soy al Príncipe tan fiel,
que cuanto yo firme ó diga,
á considerar se obliga
firmado ó dicho por él.
Ved: en este pergamino
poderes ámplios me dá.

(Da un pergamino, para que lo lea, á Garcés, el que se lo devuelve al momento.)

GARCÉS Ya he visto... ¿Y dispuesto está
á seguir este camino?

RAMIRO En verdad que no lo sé:
el camino no es de flores...
¡y encontró tantos traidores
por donde quiera que fué!
Siendo feliz, uno, hermano, (Con ironía.)
otro, señor, le llamaba...
y siendo pobre, no hallaba
quien le tendiera una mano.
Cruzando los arenales,
y de muerte perseguido,
dos, dos años ha vivido
entre desgracias y males.
Pero ya ha llegado el dia
en que don Ramon caerá;
el pueblo cansado está
de sufrir su tiranía.
Por sus crímenes y escesos
es preciso que sucumba,
y no ha de hallar... ¡ni una tumba,

en que reposen sus huesos!
GARCÉS Escuchad. Todos los nobles
y caballeros, que entran
en nuestros planes, se encuentran
ocultos entre esos robles. (Señala al foro.)
Cuando en la Iglesia vecina
su voz la campana eleve,
y el viento el sonido lleve
de un toque de esta bocina,
aquí los vereis llegar
jurando con alma osada
que no depondrán la espada
hasta morir ó triunfar.
RAMIRO ¡Que me place ese ardimiento!
GARCÉS Algunas órdenes voy
á dar.
RAMIRO Garcés, aquí estoy.
No tardeis.
GARCÉS Vuelvo al momento.
(Entra en el castillo.)

ESCENA XI.

RAMIRO.

Ramiro, vamos á ver,
y con calma reflexiona,
si compensa una corona
las angustias del poder.

En el alma siento yo
cosas que nunca sentí...
dice el corazon que sí,
y la cabeza... ¡que no!
(Salen Garcés y Fortun-Lopez del castillo.)

ESCENA XII.

DICHO, GARCÉS, FORTUN-LOPEZ, CASTRO Y EL REY.

RAMIRO (A Garcés.) ¿Quién es ese tan bizarro
que os acompaña?—Yo espero...
GARCÉS Es el mejor caballero
de todo el reino navarro.
FORTUN Yo, detesto á don Ramon,
y el alma sangre me llora
al ver que mi Patria ahora
camina á su perdicion.
Vos, del Príncipe enviado,
decidle entre otras razones,
que aun existen corazones
que nunca le han olvidado.
(Una campana toca las oraciones á lo lejos. Aparecen Castr
y el Rey en el foro.)
RAMIRO En esa Iglesia vecina
la campana oigo sonar.
GARCÉS Entonces, no haré esperar
REY No se escaparán ahora.) (Se acultan.)

RAMIRO ¿Qué decís?
GARCÉS Esta es la hora
de la cita.
CASTRO (Señor, ved.
Ya está tendida la red.
REY No se escaparán ahora.) (Se ocultan.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos EL REY y CASTRO: IÑIGUEZ, AZNAR, JIMEN y CONSPIRADORES, que salen por el foro. Todos se saludan en baja, y forman un semicírculo, dejando en medio á Ramiro, á Garcia Fortun-Lopez. Es de noche. La luna derrama su luz por entre los árb

GARCÉS ¡Compañeros, salud!—Noble es la sangre
que corre generosa en vuestras venas,
y sin temor al yugo del tirano
acudis á la cita que yo os diera.
IÑIGUEZ Y ¿cómo nó, si de salvar la Patria
nos disteis esperanzas casi ciertas?
AZNAR Ofrecisteis que el Príncipe Ramiro
alcanzaría la real diadema.
JIMENEZ Con júbilo se escucha ese proyecto
donde un navarro corazon alienta.
GARCÉS Eso ofrecí.
FORTUN La Patria, que peligra,
que se ponga á su frente solo espera,
y con valor le seguiremos todos
cuando el clarin nos llame á la pelea.

TODOS ¡Es verdad, es verdad!
GARCÉS La Pátria gime
y de su indigna suerte se querella,
y oigo que dice en tímidos clamores,
¿no hay ya navarros que salvarme puedan?
RAMIRO ¡Hijos de Sancho Abarca!—Aquí enviado
por el Príncipe régio que desea
vuestros votos cumplir, salud envio
á todo el que le ama y le respeta.
GARCÉS ¡Enviado del Príncipe!—Ya es hora
de que rompa Navarra sus cadenas.
RAMIRO Ya es tiempo de que aparte de su frente
la maldicion terrífica y funesta,
que un fratricida, al usurpar el trono,
le trajo por castigo y por herencia.
(Saca la espada. Todos hacen lo mismo.)
¡Hijos de Sancho Abarca! Quien, perjuro,
al rey usurpador venderse quiera,
no encuentre en las ciudades agua ó fuego,
le persiga implacable su conciencia
maldiciendo su crímen, y se abra
bajo sus piés sacrílegos la tierra!
¡De los hombres se mire perseguido
y maldito de Dios!
TODOS ¡Maldito sea!
(Cruzan las espadas sobre la de Ramiro, y prosiguen con ellas desenvainadas hasta la conclusion del acto.)
IÑIGUEZ El gozo que me inunda en este instante,
no alcanza, nó, á esplicar la humana lengua.
FORTUN Aquí os miro reunidos. La esperanza
de salvar á la Pátria se renueva.
GARCÉS Anciano soy; la espada cortadora
en mis débiles manos ya flaquea,

pero á la voz del entusiasmo ardiente
de vigor toda el alma se me llena.

RAMIRO Yo comprendo ese ardor, nobles guerreros,
yo que miré la Pátria casi muerta,
y al Príncipe Ramiro infortunado
arrastrar miserable la existencia.

FORTUN ¡Oh Príncipe infeliz!

RAMIRO En régia cuna
nacido, entre la púrpura y la seda,
ha pasado dos años de su vida
errante por los montes y las breñas.
Largo tiempo tambien le ha perseguido
dal villano Ramon la furia ciega...

GARCÉS ¿Quiere venganza?

RAMIRO El Príncipe Ramiro
al rey usurpador, noble, desprecia.

ESCENA XIV.

DICHOS: EL REY, CASTRO, AURORA. En el foro soldados.

REY ¿Quien desprec'a al Monarca?

GARCÉS ¿Eres tú, infame,
el que robára mi querida prenda?...

TODOS ¡Traicion, traicion!

RAMIRO ¡Oh Dios!

REY Rendid las armas,
que fuera inútil, ved, la resistencia.

FORTUN ¡Sabremos vender caras nuestras vidas!

GARCÉS ¡El instante llegó de la contienda!
RAMIRO En el nombre del Príncipe os lo mando:
las vidas conservad.
GARCÉS ¿Lo quiere?... Sea.
RAMIRO Sí, que aun podeis servirles.
FORTUN Él lo manda...
RAMIRO Las armas entregad.
REY ¡Las armas!
RAMIRO Vedlas.
(Ramiro arroja su espada á los piés del Rey. Aurora sale del castillo y se queda sorprendida. Todos los conspirodores imitan á Ramiro. El Rey se dirije á éste.)
REY ¡Despreciais al Monarca! Me parece
que no está muy segura esa cabeza.
AURORA ¡Qué ruido!... Ese jóven... ¡Padre mio!
REY (A ella.) El despreciado sus desprecios venga.
(A Ramiro.) Don Ramon os verá.
RAMIRO ¡Yo doy la vida
por decirle una vez; cobarde, tiembla!

(Los soldados se aproximan á los conspiradores. Cae el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ERRATAS NOTABLES.--Página 33, línea última, dice:
REY No se escaparán ahora.) (Se ocultan.)
léase
el toque de esta bocina. (La toca.)
Página 34, línea 11, dice *Garcia*, léase GARCÉS.

ACTO SEGUNDO.

La escena figura un salon con naves formadas por columnas. Puertas al foro y á los lados. Muebles de aquella época. Al levantarse el telon aparecerán CASTRO y GARCÍA, bebiendo en vasos de estaño. Un cuerno con vino estará colgado de una de las columnas. De cuando en cuando se oirá la voz de alerta.

ESCENA PRIMERA.

CASTRO y GARCÍA.

CASTRO Mala vida es esta, amigo.
GARCÍA No lo creais, no es tan mala.
Se come y se bebe, y es
poco lo que se trabaja.
CASTRO Diez dias hace que el Rey
me envió á mandar la guardia
de la torre, y ya me aburre
observar tal vigilancia.
¡Ni un momento de descanso!
A cada instante una alarma,
un preso que recibir...
os digo que esto me cansa.

GARCÍA Ya lo comprendo: estais hecho
á costumbres cortesanas.
De una prision á la corte
hay gran diferancia: tanta
como entre un traje de guerra
y un rico traje de gala.
Pero bebed, que este vino
es nuestra sola compaña,
y no es justo que...

CASTRO Bebamos.
Por don Ramon y la Pátria. (Bebe.)

GARCÍA Por la Pátria sea en buen hora.
Por don Ramon ..

CASTRO Vamos.

GARCÍA Vaya. (Bebe.)
Ha venido hoy doña Aurora:
yo le he negado la entrada,
obedeciendo las órdenes
que tenia del Monarca.

CASTRO Y ¿esa dama qué pedia?

GARCÍA Ver á un preso que se llama
don Ramiro, y á su padre
don Juan Garcés. Causa lástima
ver el dolor que en su rostro
bellísimo se retrata.

CASTRO Pues si otra vez se presenta
conducidla sin tardanza
á este sitio. A su deseo
todas las puertas se abran.

GARCÍA ¿No considerais?...

CASTRO (Que entre,
yo haré despues que no salga.)

GARCÍA ¡Conceder á una mujer

una licencia tan ámplia!

CASTRO — Maese, no discutais
lo que el superior os manda.
Llevaos con vos todo eso;
id á cuidar de la guardia.

GARCÍA — Está bien.

CASTRO — Y no olvideis
que al Rey don Ramon se aguarda.

GARCIA — ¡Aquí el Rey!

CASTRO — Como os lo digo.
Id, y no descuideis nada. (Váse García.)

ESCENA II.

CASTRO.

La ausencia de mi señor
paréceme ya muy larga.
Nunca, nunca como ahora
me inquietó tanto su falta.
Ambicion, siempre ambicion
es la que mueve sus plantas;
él busca en ella la vida
y yo pienso que le mata.
Despues el amor de Aurora,
que tiene fijo en el alma...
En fin, no sé... por su vida
temo yo... ¡Que Dios le valga!

ESCENA III.

DICHO y EL REY.

REY ¡Castro!
CASTRO Señor, ahora al cielo
por vuestra vida rogaba.
Pero ¿cómo os vuelvo á ver...?
¿Ocurre alguna desgracia?
Decidme...
REY ¡Qué! ¿No conoces
que ya la suerte es contraria
á mi ejército, y acabo
de perder una batalla,
que si el navarro la llora,
el aragonés la canta?
CASTRO Vuestras huestes... ¿Es posible?
REY Huyeron desalentadas,
que para huir del peligro
el miedo les prestó alas.
Rendido y desesperado,
tintas en sangre las armas,
quise allí morir con honra
antes que volver la espalda.
Pero... fué imposible... huí...
me oculté en una cabaña,
hasta que al fin me dijeron:

«Ramirez sigue su marcha:
salvaos, señor, si podeis;
que perdisteis la batalla.»

CASTRO
No os acongojeis, señor,
que es la fortuna muy varia,
y si Aragon triunfó ayer,
vos podeis triunfar mañana.

REY
¿Piensas disipar mi enojo
con tan locas esperanzas,
cuando á Aragon y á Castilla
se está entregando Navarra?
El moro de Zaragoza,
con quien traté una alianza,
aunque sabe mi abandono
pocos auxilios me manda.
Yo caeré, pero caeré
como colosal estátua,
cuyo peso formidable
cuanto encuentra desbarata.

CASTRO
Señor, mirad lo que haceis:
esos proyectos me espantan.

REY
¿Te espantan, alma cobarde?
Si tú sintieras la saña
que el corazon aquí dentro
contínua me despedaza!
Si estuvieras perseguido
por un sangriento fantasma,
que enseña en el roto pecho
medio sepulta una daga,
que luchando de la muerte
con las postrimeras ánsias
en mi pálido semblante
sus ávidos ojos clava,

y la sangre que le brota
del pecho, á mi frente salta;
y si le pido perdon
de mi crimen, de mi infamia,
oigo de sus yertos lábios
salir una carcajada...
Por no sufrir lo que sufro
de seguro te matáras.
Bien harias.—Con la muerte
todas las penas se acaban.

CASTRO Señor, señor, delirais,
la calentura os embarga.

REY Arroja al punto al olvido
mis anteriores palabras;
porque un vasallo que sabe
lo que un Rey ansioso guarda
escondido en los arcanos
más recónditos del alma,
tiene siempre suspendida
sobre su cabeza el hacha.

CASTRO No temais, que mi memoria
ya no se acuerda de nada.
Os daré algunas noticias
que son de gran importancia.

REY Habla, pues.

CASTRO Desde que os fuisteis
doña Aurora...

REY Aurora...

CASTRO Calma.
Se presenta en la prision
solicitando la entrada.

REY ¿Se le ha negado?

CASTRO García,

que á los presos tiene en guarda,
se la negó, obedeciendo
vuestras órdenes.

REY. ¡La ingrata!
Y ¿quiere?...

CASTRO Ver á su padre
y á ese doncel que se llama
don Ramiro.

REY ¿Don Ramiro?
¿Aquel que me amenazaba?

CASTRO El mismo. Pero yo ahora
al ver su afliccion tirana,
he mandado que al momento
se acceda á cuanto demanda,
y en entrando, vos ó yo
evitaremos que salga.

REY ¡Oh Castro! cuando la vea
á mis piés arrodillada,
pidiéndome compasion
y el rostro bañado en lágrimas;
implorando de ese anciano
por las venerables canas,
yo podré decirle: Aurora,
ningun crímen me acobarda:
ya no temo tu desprecio,
serás mia sin tardanza.
Ten en cuenta, Aurora bella,
que es un rey el que te habla;
si me adoras, te daré
la corona de Navarra,
y si me desprecias, puedes
temer mi justa venganza...

(Suenan clarines.)

CASTRO ¿Eecuchais?
REY Sí.

ESCENA IV.

DICHOS y GARCÍA.

REY ¿Qué hay, García?
GARCÍA Un mensajero que aguarda
al Rey.
REY ¿Viene?...
GARCÍA De Pamplona
y pide verlo, con ánsia.
REY ¡Oh! vamos á ver si viene
á anunciarme otras desgracias. (Váse.)
CASTRO Vos, despejad.
GARCÍA Es el caso
que ahora ha llegado esa dama.
CASTRO Y ¿dónde está?
GARCÍA La dejé
en esa contigua estancia.
CASTRO Pues id por ella al momento
y en este salon dejadla.
(Váse Garcia.)

ESCENA V.

CASTRO y AURORA.

CASTRO — Es ella. Señora...
AURORA — Al fin
Dios escuchó mi plegaria.
CASTRO — Decidme...
AURORA — ¿Ver á mi padre
no podré?
CASTRO — Se le señala
como el jefe peligroso
de conspiracion tan árdua.
Sin traer órden del Rey
nadie puede verle.
AURORA — Basta.
Y ¿á don Ramiro tampoco
puedo ver?
CASTRO — No es de importancia
ese preso, y si quereis,
no hay inconveniente.
AURORA — Gracias.
CASTRO — Voy por él. (Váse por una puerta lateral.)
AURORA — ¡Ay! De salvarlos
ya tengo alguna esperanza,

ESCENA VI.

AURORA: RAMIRO, que sale abismado en sus reflexiones, sin ver á Aurora.

RAMIRO Nó, no es posible que á creer me atreva
que se interese alguno por mi suerte.
No hay nadie, nó, que interesarse deba
y yo tranquilo esperaré la muerte.
¡Nadie hay aquí!

AURORA Señor...

RAMIRO Tristes clamores
llévase el viento que en la torre zumba.
¡Mis años más floridos y mejores
habrán de consumirse en esta tumba!

AURORA Señor...

RAMIRO ¿Quién eres tú? ¿Por qué la calma
siento en mi pecho renacer ahora?
¿Eres, acaso, la ilusion del alma?
¿Esa voz, esa voz no es la de Aurora?
¡Aurora! ¡Que insensato! Aurora ha muerto.

AURORA Aurora... ese es mi nombre.

RAMIRO Desvario.
Ese el nombre será, puede ser cierto,
pero ella duerme en el sepulcro frio.
Tú no lo sabes, nó... mientras moria
cansada de sufrir duelos y penas,
yo en el desierto, mísero, vivia

ó arrastraba tal vez férreas cadenas.
¿No lo supiste nunca?

AURORA — Nó.

RAMIRO — Un tirano
llamado don Ramon usurpó el Trono:
para subir á él mató á su hermano,
y persiguió á sus hijos con encono.

AURORA — Volved en vos, señor: ¿qué estais diciendo?

RAMIRO — Tiene el tirano corazon de hiena.
¿Llorando estás, mujer?—Ya lo comprendo.
Te causo compasion... ¡Ay! Tú eres buena.

AURORA — Aumenta mi dolor ver su locura.

RAMIRO — ¿Por qué esos ayes, conmovida, exhalas?

AURORA — Porque el ángel del mal, en noche oscura,
en mi feliz mansion tendió las alas.
Todo era paz en ella y alegria,
todo allí respiraba dulce encanto,
pero al lucir la luz de un triste dia
solo alumbró mi soledad y llanto.
Al padre que solícito cuidaba
de mi edad juvenil, con tierno anhelo,
un hombre miserable encarcelaba
dejándome á mi sola con mi duelo.

RAMIRO — Ese hombre...

AURORA — Buscaba mis amores.
Por su maldad horrible no le arguyo.
Yo desprecié su amor y sus furores.
¡Nunca mi corazon podrá ser suyo!
Pero vos lo sabeis.

RAMIRO — Yo no recuerdo...

AURORA — Y se vengó en mi padre el despreciado.
Vos me salvásteis de él.

RAMIRO — Sí, ya me acuerdo.

AURORA Y estais preso con él.
RAMIRO ¿No lo he soñado?
¡Era verdad!
AURORA Mirad la fortaleza
donde preso os hallais.
RAMIRO Sí: poco á poco
reuno las ideas en mi cabeza...
AURORA ¿Qué os pasaba, señor?
RAMIRO ¡Que estaba loco! (Pausa.)
Dispensadme, señora: en esta torre
todo se olvida.
AURORA ¡Oh Dios!
RAMIRO Todo se olvida.
AURORA Mas de mi pecho no espereis que borre
vuestro favor el alma agradecida.
Sí, sí... vuestras palabras... la amargura
que de ellas destilaba gota á gota...
ese tranquilo llanto de ternura
que, al escucharme, en vuestros ojos brota...
RAMIRO Calla, calla, mujer.
AURORA Si, todo eso,
sin darme cuenta yo, me fascinaba.
En vos miraba un rey...
RAMIRO (¡Oh!)
AURORA Lo confieso.
En vos miraba un rey, en mí una esclava.
RAMIRO ¡No más, no más, mujer!
AURORA Vuestra presencia,
vuestra presencia altiva y seductora
era el sueño de amor de mi existencia.
RAMIRO ¿Esa voz, esa voz no es la de Aurora?
AURORA Y en el fondo del pecho que se agita,
dentro del corazon enamorado,

una secreta voz *«àmale»* grita,
y yo os amo, señor.

RAMIRO ¿No me he engañado?
¿Es cierto lo que oí?—Calla, insensata;
yo no te puedo amar.

AURORA Señor...

RAMIRO No llores.
Tan terrible es mi amor, que mi amor mata
como el veneno oculto entre las flores.
Yo no quiero que mueras... tan hermosa...

AURORA Permitidme que os ame, esto reclamo.
Yo me tendré, señor, por muy dichosa
si mi boca, al morir, dice... ¡te amo!

RAMIRO ¡Oh! yo no sé... pero tu voz despierta
una emocion en mí desconocida,
el alma triste, que juzgaba muerta,
al escucharte siente nueva vida.

AURORA Sí, yo os amo, señor, y os reverencio.
Si este amor os ofende, y que lo calle
quereis, yo os amaré, pero en silencio,
hasta que roto el corazon estalle.
Y siempre me vereis... sí... procurando
ser para vos la esclava más sumisa...
Feliz me llamaré...

RAMIRO Cállate.

AURORA Cuando
en vuestros lábios mire una sonrisa.
Si alguna vez traidor un asesino
vuestra existencia aniquilar intenta,
yo me pondré en mitad de su camino:
hiérame á mí, que moriré contenta.

RAMIRO Deja que la verdad te diga ahora.
Con ese amor dichoso viviria;

pero no puedo amarte, yo amo á Aurora.

AURORA ¡Desdichada de mí!

RAMIRO Bien lo temia.
Hace seis años ya que de su lado
me apartó la fortuna: ella lloraba
y con su dulce acento enamorado
nunca olvidarme por su Dios juraba.

AURORA Y ¿esa Aurora vivia?...

RAMIRO En esta villa.

AURORA Esa Aurora... Acabad...pronto...Os lo ruego.

RAMIRO Cuando volví á mi Pátria, de Castilla,
supe que su mansion deshizo el fuego.
¡Aun éramos tan niños! Dulcemente
pasábamos la vida...

AURORA (Interrumpiéndole.) Ya mirando
las aguas cristalinas de una fuente ..

RAMIRO ¿Qué me dices, mujer? ¿Qué estás hablando?

AURORA Yo lo recuerdo, sí. Triste memoria
guarda mi corazon de aquel momento
en que ví disipada tanta gloria.
Yo te amaba, señor.

RAMIRO Pero ese acento
no por primera vez suena en mi oido...
¿Quién eres tú?

AURORA Recuerdo todavia
que en un templo lejano y escondido
el sacerdote fiel nos bendecia ..

RAMIRO ¡Es verdad, es verdad!

AURORA Partiste. Luego
un castilio mi padre construyera
en vez de la mansion que tragó el fuego.
¿No habeis visto el castillo?

RAMIRO Espera... espera...

El castillo que dices...
AURORA — En él vivo.
RAMIRO — Don Juan Garcés en su recinto mora.
Yo no acierto á explicarme, aunque concibo...
AURORA — ¡Eres Ramiro tú!
RAMIRO — ¡Tú eres Aurora! (Páusa.)
¡Al fin te vuelvo á ver!—¿Cómo te hallo
en esta cárcel tétrica y sombria?
AURORA — Por no afligirte mis pesares callo.
RAMIRO — Yo los quiero saber, Aurora mia.
AURORA — ¡Qué desdichados son nuestros amores!
RAMIRO — Es verdad; los persigue horrible suerte.
Crecieron al principio entre dolores
y hoy aquí espero la implacable muerte.
AURORA — ¡Tú morir, tú, Ramiro! No lo creo.
RAMIRO — Conspiré contra el rey; justo es que muera.
AURORA — ¡No es posible!
RAMIRO — Te engaña tu deseo.
AURORA — ¡Me hubiera muerto ya, si lo creyera!

ESCENA VII.

DICHOS y GARCÍA.

GARCÍA — Venid... pronto...
AURORA — ¡Oh!
RAMIRO — Parte, Aurora,
y sufre en silencio y muere;
y, pues Dios así lo quiere,

separémonos ahora.
Ya ves; no lanzo un suspiro
y en esta prision estoy
entre cadenas, y soy
el Príncipe don Ramiro. (Aparte á ella.)

AURORA ¡Vos el Príncipe!

RAMIRO Yo, sí.
¿Te causa el saberlo espanto?

AURORA ¡Yo os amaba tanto, tanto!
En hacerlo os ofendí.

RAMIRO ¡Ofenderme tú!... ¡Locura!
¿Tu pensamiento concibe
que ofendas á aquel que vive
de un rayo de tu hermosura?
¡Tú ofenderme!

AURORA Bien, señor.
Seré sierva agradecida;
yo salvaré vuestra vida
sacrificando mi amor.

RAMIRO ¿Qué intentas?

AURORA Es un secreto
que la vida os salvará.
Mi amor se ha trocado ya
en sumision y respeto.

GARCÍA Despachad.

AURORA Y si algun dia
llegais á ocupar el trono,
que ahora os niega con encono
de Ramon la tirania,
no os olvideis de que llora
solitario un corazon
por su perdida ilusion;
será el corazon de Aurora. (Váse con García.)

ESCENA VIII.

RAMIRO.

Aurora... Aurora... ¡Ay de mí!
En lo mejor de mis años
pesares y desengaños
voy amontonando aquí
Y se quebranta mi fé
cuando se aumenta mi duelo,
y torno la vista al cielo...
pero el cielo no me vé.

ESCENA IX.

DICHO: FORTUN-LOPEZ, IÑIGUEZ, AZNAR, JIMENEZ.
Despues GARCÉS.

FORTUN Apartado estais.
RAMIRO Estoy
á solas con mi tristeza.
¿Y Garcés?
IÑIGUEZ Aun no le he visto.

FORTUN En aquel patio se queda
como de costumbre.

AZNAR A vos,
¿qué tal la prision os sienta?

JIMENEZ Callad, que sólo al pensarlo
hierve la sangre en mis venas.
¡Yo, en una prision!

RAMIRO Amigos,
resignacion y paciencia.

FORTUN En esta torre, sin duda,
muerte horrible nos espera.

IÑIGUEZ Largo tiempo hace que estamos
en esta mansion funesta.
Nos permiten pasear
dentro de la fortaleza,
y nos tratan con respeto.

FORTUN Pues eso es lo que me inquieta.
A la verdad, me parece
que nuestra hora se acerca.

IÑIGUEZ ¿Teneis miedo?

FORTUN ¿Miedo? nó.
Quien á un tirano desprecia,
Iñiguez, sabedlo bien,
no tiene miedo, nó.

RAMIRO Venga
esa mano, Fortun-Lopez,
que se honra quien la estrecha.

FORTUN Me confundís.

RAMIRO Nó, por Dios.

IÑIGUEZ No os quiso ofender mi lengua.

FORTUN Os daré algunas noticias
que á todos nos interesan.

AZNAR Decid.

FORTUN El dia y la noche
Garcés solícito emplea
en fabricar una escala.
ÑIGUEZ ¡Una escala!
IMENEZ ¡Qué sorpresa!
RAMIRO ¿Y os ha dicho sus proyectos?
FORTUN La más prudente reserva
guarda sobre ellos.
ÑIGUEZ Vereis
cómo, sin abrir la puerta
de esta mansion, nos hallamos
pisando la verde yerba
de ese bosque, el mejor dia.
RAMIRO Dios os oiga.
ZNAR Dios lo quiera.
FORTUN Haya esperanza á lo menos,
esperanza.
IMENEZ Garcés llega. (Sale Garcés.)
RAMIRO Silencio.
GARCÉS (A Ramiro.) (Tengo que hablaros.)
Dios os guarde.
ÑIGUEZ Con vos venga.
RAMIRO Señores, Garcés me pide
secretamente una audiencia.
IMENEZ Sea en buen hora.
ÑIGUEZ Fortun-Lopez,
venid con nosotros.
FORTUN Sea.

(Vánse todos, menos Ramiro y Garcés.)

ESCENA X.

RAMIRO y GARCÉS.

RAMIRO — Hay dos dias que no os veo,
Garcés. ¿Andais ocupado?

GARCÉS — Una escala he fabricado
porque salvaros deseo.
En silencio y soledad,
atento al menor ruido,
ya la escala he concluido
con toda seguridad.
Allí la tengo escondida.
Sois jóven; debeis vivir,
y no os deshonra el huir.

RAMIRO — No tengo apego á la vida.
Salvad la vuestra, Garcés,
que es la más amenazada,
y á la par de una hija amada
el único amparo es.

GARCÉS — No me ablanda su querella.

RAMIRO — Yo ví su dolor profundo;
no quede sola en el mundo,
debeis vivir para ella.

GARCÉS — Pero ¿y vos?

RAMIRO — ¿Yo? ¿Qué os importa?

GARCÉS — ¿Y vos quedareis aquí
sufriendo prision por mí?

RAMIRO Será la prision muy corta.
GARCÉS La muerte será la suerte
reservada á esos leales
y á vos.
RAMIRO A todos los males
pone término la muerte.
Salvaos.
GARCÉS No puede ser.
Soy navarro y caballero,
y para mí lo primero
es cumplir con mi deber.
Y aunque mi pecho desgarra
ver de mi hija el dolor,
yo moriré sin temor
viendo salvada á Navarra.
Ni con llanto, ni con queja,
vereis que mi pecho ablande,
que amor de Pátria es tan grande
que espacio á otro amor no deja.
Si sois al Príncipe fiel,
nada teneis que decir,
debeis al momento huir,
debeis reuniros á él.
RAMIRO Digno hijo de *Sancho Abarca*,
mi corazon conquistais,
si de ese modo mostrais
vuestra lealtad al Monarca.
GARCÉS ¿Quién no ha de amarle, señor,
si es jóven y es desdichado,
y tantas pruebas ha dado
de constancia y de valor?
Basta ya de indecisiones;
huid... por nuestro interés.

RAMIRO Para no aceptar, Garcés,
tengo muy buenas razones.

GARCÉS Debeis huir: vuestra mano
manejar puede la espada;
yo ya no sirve de nada,
que soy un débil anciano.
Vos podeis, con altivez,
volar brioso al combate;
á mí, aunque mi pecho late,
me subyuga la vejez.

RAMIRO Vestido de férrea malla,
desnudo el tajante acero,
yo me arrojára el primero
á morir en la batalla
donde estuviese más fiera;
y mi sangre verteria,
y moribundo caeria
á los piés de mi bandera.
Pero huir... ¡nunca, Garcés!
Cuando se agota el valor,
morir cubierto de honor
cien mil veces mejor es.
Ya lo he dicho, y yo no cejo:
vuestro labio no se esfuerce,
que nadie mi opinion tuerce.

GARCÉS ¿En balde, pues, aconsejo?

RAMIRO Cuando es contraria una estrella,
su rigor se ha de sufrir.

GARCÉS Nó, nó: se debe morir,
pero luchando con ella,
se debe luchar valiente
lleno de noble ardimiento,
hasta exhalar el aliento,

cara á cara, frente á frente.

RAMIRO Sois, Garcés, un buen vasallo.

GARCÉS Señor...

RAMIRO Y os debeis salvar,
que yo no puedo aceptar
por mil razones que callo.

GARCÉS La huida no se retarde.
Ya la escala está dispuesta.
Vuestra indecision funesta
es egoismo cobarde.

RAMIRO Vustra atencion se redoble,
y oidme.—Por su decoro
batallando contra el moro
ví exánime á Sancho el Noble.
Por una y por otra herida
rios de sangre brotaban,
y sus nobles le gritaban:
«huid y salvad la vida.»
—«No me debeis advertir,
airado el rey replicó,
que salve mi vida yo,
porque un rey no puede huir.»

GARCÉS Pero vos... hablad, hablad...

RAMIRO Sí, mi padre me decia,
que un rey huir no debia,
sino morir con lealtad.
Daré el último suspiro
sin retroceder un paso.

GARCÉS Pero vos ¿seriais acaso?...

RAMIRO El Príncipe don Ramiro. (Váse.)

ESCENA XI.

GARCÉS y FORTUN-LOPEZ.

GARCÉS ¡El Príncipe con nosotros
en este castillo preso!
Es necesario que busque
para salvarle algun medio.
¡El Príncipe! Yo no dudo
que aquí nos le trajo el cielo
para salvar á la Pátria,
para aumentar nuestro esfuerzo.
FORTUN ¡El Príncipe! ¿Qué decís?
¿Dónde está?
GARCÉS Acabo de verlo.
Es ese jóven, Ramiro,
tan generoso, tan bueno,
que sufre aquí con nosotros
sin exhalar un lamento.
FORTUN ¡El Príncipe! Tanta dicha
en este instante no creo.
GARCÉS La cuchilla del verdugo
va á caer sobre su cuello.
FORTUN Debemos librarle.
GARCÉS Sí.
FORTUN Muramos todos, primero
que consentir que se arranque
de su cabeza un cabello.

GARCÉS Fortun-Lopez, Fortun-Lopez,
no tanto desesperemos,
que para las almas grandes
son los peligros y riesgos.
De escapar de este castillo,
¿no habeis tenido el proyecto
nunca?

FORTUN Raya en lo imposible
realizar tal pensamiento.
Tiene los fosos profundos
y los muros tiene gruesos.

GARCÉS ¿Y si os dieran una escala
con unos garfios de hierro...?

FORTUN Al Príncipe don Ramiro
yo la ofreciera al momento
como vasallo leal
y como honrado cumpliendo.
Sólo al Príncipe debeis
ofrecerla.

GARCÉS Ya lo he hecho,
pero altivo ha contestado:
«soy Príncipe: huir no puedo.»

FORTUN ¡Se niega á huir!

GARCÉS Sí se niega;
es Príncipe y caballero,
no quiere volver la espalda,
sino morir como como bueno.
Pero si vos, Fortun-Lopez,
aceptais mi ofrecimiento
os vereis en libertad...
Ya la noche va tendiendo
su manto... No vacileis...
Aceptad... ese es el medio

de romper de don Ramiro
el injusto cautiverio.
Decidíos.

FORTUN — Yo, Garcés..

GARCÉS — ¿No me entendeis?

FORTUN — No os entiendo.

GARCÉS — Ramirez, rey de Aragon,
nno debe hallarse muy lejos.
Si alcanzais la libertad
ireis á buscarle presto,
y le rogareis que ayude
al Monarca verdadero,
que se encuentra en esta torre
aprisionado entre hierros.

FORTUN — ¡Huir en esta ocasion!
Se diré que tuve miedo,
que abandoné en el peligro
á mis tristes compañeros...

GARCÉS — Pero si Dios, por fortuna,
corona nuestros intentos,
vereis cómo alaban todos
de valor tan alto ejemplo.

FORTUN — Venid, pues... dadme esa escala,
y no perdamos el tiempo.
Vamos de aquí.

GARCÉS — El cielo quiera
ayudarnos.

FORTUN — Quiera el cielo.

(Vánse.)

ESCENA XII.

EL REY.

De lo que estoy meditando
yo mismo me asusto y tiemblo.
Pero no importa.—Leamos,
con detencion, este pliego
que el moro de Zaragoza
me envía. Leamos.—Pienso
que de una nueva desgracia
es el aviso funesto.
No me he engañado; desdichas
sólo me anuncia en efecto.
(Leyendo.) «A Zaragoza venid,
que os echan de vuestro reino;
tomad al punto un caballo
y seguid al mensajero.»
Huiré, pero mi venganza
será horrible.

UNA VOZ (Dentro.) —«Escuche el pueblo.
En la plaza de la villa
hay un cadalso dispuesto,
y en él cortará el verdugo
de los traidores los cuellos.
Así lo ha mandado el Rey
que en Navarra obedecemos.»—

(Se oyen los gritos del pueblo por algun espacio: despues se van alejando hasta quedar todo en silencio.)

REY Grita, imbécil muchedumbre;
no cambiaeás mis proyectos.
Estás muy baja: muy alto
me miro yo, y te desprecio.

ESCENA XIII.

DICHO y CASTRO.

CASTRO Señor...
REY Habla pronto.
CASTRO Aurora
se encuentra en ese aposento.
Ha escuchado los pregones
que por la villa diciendo
van...
REY Castro...
CASTRO Y, desesperada,
con tristísimos lamentos,
pide ver al Rey.
REY Que venga.
A su peticion accedo.
Dí á Ramiro y á Garcés
que vengan aquí al momento. (Váse Castro.)
La suerte que les espera
yo mismo decirles quiero.

ESCENA XIV.

REY, AURORA; al poco tiempo, RAMIRO y GARCÉS.

REY. Aurora... ¡Oh felicidad!
Yo la veré suplicando...
AURORA Al Rey vengo aquí buscando
para pedirle piedad.
¿Dónde está el Rey?... ¡Ah! ¿Sois vos,
indigno y mal caballero?
Al miraros aquí, infiero
que me ha abandonado Dios.
REY ¡Aurora! Siempre lo mismo;
vuestros desprecios me animan
y á los bordes me aproximan
de algun insondable abismo.
AURORA ¿Dónde está el Rey? Ni un instante
debo yo perder ahora.
Decídmelo, pronto.
REY Aurora,..
AURORA ¿Dónde?
REY Le teneis delante.
AURORA ¿El Rey de Navarra?
REY Sí.
AURORA ¿El que ha dispuesto esa ley?...
REY El mismo soy.
AURORA ¡Era el Rey!
¡Desventurada de mí!

REY El saberlo os ha turbado
Hablad.
AURORA ¡Yo no puedo!
REY Hablad.
AURORA ¿Cómo he de pedir piedad
al hombre que he despreciado?
REY Ya conoceis vuestros yerros;
casi arrepentida os miro.
AURORA ¡Pero mi padre y Ramiro
gemirán siempre entre hierros!
Nó, nó. Sin querer me exalto,
al buscar una esperanza.
No debe anhelar venganza
el que se encuentra tan alto.
Yo soy la que os he ofendido,
mi cuello al punto cortad;
pero, al menos, respetad
á ese padre tan querido.
REY Al cadalso todos ellos
han de ir bajo mi yugo.
LA VOZ (Dentro.) «Y en él cortará el verdugo
de los traidores los cuellos.»
REY ¿Escuchais?
AURORA Yo no respiro
al oir esa voz fiera.
Nó, nó... ¡No quiero que muera
el Príncipe don Ramiro,
ni mi padre!
REY ¿Qué dijiste? (Salen Ramiro y Garcés, y
El Príncipe... escuchan desde el foro.)
AURORA ¡Desdichado!
Preso está...
REY ¿No me he engañado?

¿El Príncipe existe?

AURORA — Existe.
Perdonadle... No crüel
seais.

REY — ¡Oh! ¿Qué estoy oyendo?
¿Qué os importa?...

AURORA — ¿No estais viendo
que estoy muriendo por él?

REY — ¿Le amais?

AURORA — ¡Con el alma entera!

REY — Entonces...

AURORA — Nó, nó, mentí...

REY — ¿Pues á quien amas?

AURORA — ¡A tí! (Transicion.)
(Sálvelo yo, y luego muera.)

REY — Aurora ¿creerte puedo?

AURORA — Sí, sí, sí. Yo... te adoraba...
pero el honor me mandaba
callar... y yo... (tengo miedo
de lo que he dicho.) Escuchad.

REY — Yo haré lo que más te cuadre.

AURORA — Al Príncipe y á mi padre
pondreis luego en libertad.

REY — Al Príncipe...

AURORA — Sí. El rigor
alejad de vuestra alma,
y así gozareis en calma
de todo, todo mi amor...

RAMIRO — ¡Basta, basta ya!

GARCÉS — ¡Hija mia!

AURORA — ¡El Príncipe!

GARCÉS — Tú le has muerto.
Tú su nombre has descubierto...

AURORA Pero el Rey...
GARCÉS ¡No lo sabia!
RÁMIRO ¡Ella tambien me abandona
y viene á insultarme aquí!
AURORA Oye ..
RÁMIRO ¡Apártate de mí!
¡Ve en busca de esa corona!
AURORA ¡Si nunca debí quererte!
Ya de mí propia me espanto.
¡Yo, yo, que te amaba tanto,
yo soy quien te dá la muerte!
Yo no le amaba... no creas...
RAMIRO Me engañaste. ¡vete luego!
AURORA ¡Ramiro!
RAMIRO ¡Nó!
AURORA ¡En balde ruego!
¡Oh padre!
GARCÉS ¡Maldita seas! (Aurora cae de rodillas.)
REY (A Ramiro.) Ya terminó tu destino;
será el cadalso tu suerte.
RAMIRO ¡Yo iré tranquilo á la muerte
maldiciéndote, asesino!

(Cae el telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena figura un salon con puerta al foro: á la izquierda habrá otra que será la de una capilla: á la derecha otras dos que comunican con las prisiones.—Al levantarse el telon aparecen GARCES sentado y como dormido, y GARCIA, de pié, contemplandole.

ESCENA PRIMERA.

GARCÉS y GARCÍA.

GARCÍA Buen viejo ¿dormís?
GARCÉS No tal.
¿Cómo ha de poder dormir
aquel que espera morir
en un cadalso fatal?
GARCÍA No penseis...
GARCÉS Mirad: el dia
su veloz carrera avanza:
cada instante una esperanza:
va robando al alma mia.
Ese sol brillante y claro
que alumbró mi juventud,
ya corre á su plenitud,

tal vez de mi vida avaro.
Justo es que fuerzas reclame
á Dios, si el martirio empieza.
¡Y ha de rodar mi cabeza
sobre un patíbulo infame!

GARCÍA Alejad tal pensamiento
para que no os desazone:
en estos tiempos se expone
la vida á cada momento.
La muerte... debeis temerla,
pues la vida... me confundo
y... para cómo anda el mundo,
no es gran desdicha perderla.

GARCÉS Es verdad. Soldado he sido
y de la muerte no huí,
la he visto cerca de mí,
pero nunca la he temido.

GARCÍA Bien decís, buen caballero,
y haciendo estais que me aflija.
Pero ¿por qué á vuestra hija
ver no quereis?

GARCÉS Nó, no quiero.

GARCÍA La infeliz, desesperada,
espera que la llameis.
¿Por qué verla no quereis?
¿Qué os ha hecho?

GARCÉS Nada, nada.

GARCÍA Y como el Rey ha dispuesto
que á los sentenciados no
se les niegue nada, yo
á servirlos estoy presto.

GARCÉS Pues aunque ella verme exija,
yo no he de verla jamás.

Fuí padre otro tiempo...

GARCÍA Mas...

GARCÉS Pero ya no tengo hija.

GARCÍA La noche entera ha pasado
llorando en ese salon,
y yo, al mirar su afliccion,
—¿por qué mentir?—he llorado.
Verla podeis un instante
y consólar su amargura.

GARCÉS Nó, nó.

GARCÍA ¿Teneis, por ventura,
el corazon de diamante?
Es vuestra hija.

GARCÉS García,
voy á morir, y quereis...

GARCÍA Que á vuestra hija abraceis.

GARCÉS El valor me faltaria.

GARCÍA Os sobrará. Se querella
muy justamente de vos,
y... vamos, dadla un adios.
Voy por ella, voy por ella. (Váse.)

GARCÉS Pero oid... A mi despecho
de verla el ánsia me acosa:
es mi hija... es tan hermosa...
Dios dé valor á mi pecho.

ESCENA II.

GARCÉS y AURORA.

AURORA ¡Ay, padre! ¿Ni una mirada
que consuele mi dolor,
ni una palabra siquiera
de ternura ó de perdon?
GARCÉS (¡Hija mia!)
AURORA Padre, padre,
que yo escuche vuestra voz,
que saber pueda, á lo menos,
que me teneis compasion.
¿De mí apartais el semblante?
¡Triste de mí! ¿Qué hice yo,
padre mio, para ser
indigna de vuestro amor?
GARCÉS No lo preguntes, Aurora.
AURORA Sí, decídmelo por Dios.
¿Por qué ese rostro irritado
sólo respira furor?
¿Por qué bajais esa frente,
como si fuera un baldon
que esas canas venerables
alumbre la lùz del sol,
mientras altiva y serena
mi frente levanto yo?
Decídmelo, padre mio,

mostradme alguna razon,
porque estais dando lugar
á que me mate el dolor.

GARCÉS ¡Aurora!

AURORA El nombre de hija
que en vuestros labios sonó
tantas veces, ¿por qué, ahora,
no suena en ellos, señor?
Vuestros brazos no se abren
para recibirme, nó,
y teneis muda la lengua
y hasta muerto el corazon!

GARCÉS ¡Aurora!

AURORA Sé que la muerte
tiende su vuelo veloz
sobre esta cárcel sombria,
que la tiende sobre vos,
sobre el Príncipe y los nobles
que están en esta prision.
¡Vos y el Príncipe... yo vengo
aquí á morir con los dos!

GARCÉS Aurora, si de mi labio
ni una queja se escapó,
vete en paz, y no preguntes,
no redobles mi afliccion.
Tuve una hija otro tiempo.

AURORA Pero esa hija...

GARCÉS Murió.
La que miro no es aquella,
toda inocencia y candor,
que, alegre mis infortunios,
con un beso disipó.
Mi honor aquella guardaba

limpio como el mismo sol;
si tú eres esa hija, Aurora,
¿qué has hecho, dí, de mi honor?

AURORA Padre, padre, por piedad,
alguno me calumnió...

GARCÉS ¡No son odiosas mentiras,
verdades amargas son!

AURORA ¡Padre mio!

GARCÉS Yo te he visto
ofreciendo eterno amor
al hombre que ocupa el trono,
al villano don Ramon.
Aurora, Aurora, ¿qué has hecho?

AURORA ¿Por ventura lo sé yo?
Sólo sé que estaba loca,
que la desesperacion
me indujo á decir al Rey
todo lo que oísteis vos,
del Príncipe, y de mi padre,
buscando la salvacion.

GARCÉS ¿Es cierto?

AURORA Sí, padre: sólo
esa idea me guió,
y si hablaba con la lengua
callaba mi corazon.
Era mi intento morir
despues de salvaros.

GARCÉS ¡Dios!
¡Qué ciego he estado, qué ciego!
Debo pedirte perdon...
¿Y pude acusarte, hija,
engañado por mi error?

AURORA Aun pesa sobre mi frente,

padre, vuestra maldicion.

GARCÉS Si yo no debí creer
que fueras capaz... nó... nó...
¡Ay! Perdóname y recibe
mi paternal bendicion.
El Príncipe... ¿qué interés
pudo guiarte?...

AURORA El amor.
Hace tiempo con el suyo
me persigue don Ramon.
Yo le despreciaba; pero
por salvaros á él y á vos...

GARCÉS ¿Qué escucho, Aurora?—¿Tú amas
al Príncipe?

AURORA Sí, señor.

GARCÉS Debe tener un vasallo
á su Rey veneracion,
no amor: no puede una estrella
igualarse con el sol.

AURORA Aquí guardo ese cariño
sin esperanza.

GARCÉS Valor.
Si muero, sé digna hija
del padre que te enjendró.

AURORA ¡Morir!

GARCÉS Sí... Yo te bendigo...
Déjame pensar en Dios,
déjame...

AURORA De aquí no salgo.

GARCÉS ¡Hija de mi corazon! (La abraza.)
¡Ya no he de verte jamás!

AURORA ¡Padre!

GARCÉS ¡Hija!

AURORA ¡Padre!
GARCÉS ¡Adios! (Váse Aurora.)

ESCENA III.

GARCÉS y GARCIA.

GARCÍA ¿La habeis visto?
GARCÉS Sí la he visto.
Me habeis hecho un gran favor.
GARCÍA Yo no merezco las gracias,
cumplo con mi obligacion.
Así lo ha dispuesto el Rey,
debo obedecerle yo.
GARCÉS ¿Y sabeis á qué hora tiene
lugar nuestra ejecucion?
GARCÍA No lo sé. El Rey en persona
vendrá á avisarlo, señor.
Traeré á vuestros compañeros
para que os deis un adios.
GARCÉS Sí, sí. Traedlos.
GARCÍA Al punto.
Voy por ellos. (Váse por la 2.ª puerta dcha.)
GARCÉS No hallo, nó,
ni un medio que pueda dar
al Príncipe salvacion.
Fortun-Lopez, ya hay dos dias
que valiente se fugó...

¿Le habrán preso? Es imposible.
¿Acaso, acaso traidor
será?... Nó —Con toda el alma
odia al tirano Ramon.

ESCENA IV.

DICHO: IÑIGUEZ, JIMENEZ y AZNAR, que salen por la segunda puerta de la derecha.

IÑIGUEZ Garcés...
GARCÉS Iñiguez, amigos,
ya se cansó la fortuna
de protejernos, y ahora
abriendo está nuestra tumba.
IÑIGUEZ No me quejo.
JIMENEZ Yo tampoco.
AZNAR ¿No hay esperanza?
GARCÉS Ninguna.—
Yo tengo remordimientos
que aquí pesan y me abruman;
os he conducido á todos
á la triste sepultura.
IÑIGUEZ Nó, Garcés. Cuando á la Pátria
un vil asesino insulta,
y se ciñe la corona
y viste la régia púrpura,
es un traidor todo aquel
que á defenderla no acuda.

GARCÉS Iñiguez, razon teneis;
me dais alegria suma
al escuchar las palabras
que nuestro yerro disculpan.

AZNAR No hay yerro, Garcés, no hay yerro
cuando la causa es tan justa.

JIMENEZ ¿Y el Príncipe?

GARCÉS Con la nuestra
mezclada su sangre pura,
hoy teñirá del cadalso
los tapices que lo enlutan.

IÑIGUEZ ¡Infeliz!

GARCÉS Estrella airada
le sigue desde la cuna,
y en la muerte que le espera
la paz y el descanso busca.

JIMENEZ Es verdad.

GARCÉS Amigos, juntos
emprendimos esta lucha;
todos juntos bajaremos
á la mansion de las tumbas.
Un abrazo... y preparaos
para morir con bravura. (Se abrazan.)

ESCENA V.

DICHOS Y EL REY.

REY Muy pronto sobre el cadalso
que mis rencores anuncia,

á la vista de ese pueblo
que envilecido murmura,
rodarán esas cabezas
satisfaciendo mi furia.
Ese Príncipe que yace
cautivo en prision oscura,
tambien habrá de morir.

GARCÉS Pero...

REY Nada se me oculta.
Él viene buscando un trono,
yo haré que al cadalso suba.
Vosotros sois los traidores,
los que con villana astucia
intentaban derribarme
del trono en que me aseguran
las armas de mis vasallos
y sus ruegos.

GARCÉS ¿Qué pronuncias?
No hay en Navarra uno solo
que merezca tal injuria.
Antes bien, todos desean
que la tierra te se hunda
bajo tus plantas, que el cielo
un mónstruo cual tú no sufra
y mande un rayo veloz
que tu existencia consuma.

REY ¡Miserable!

GARCÉS Ya lo sé:
á un anciano inerme insultas...

REY Un sacerdote allí dentro
os espera. Id.

GARCÉS Él lo anuncia.
Es tigre que aun no está harto

y sangre caliente husma.
Nos espera un sacerdote.
¡Ramon, que Dios te confunda!
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

EL REY y CASTRO.

REY
Su maldicion he sentido,
la tengo en el alma impresa...
Maldiciones como esa
deben echarse al olvido.

CASTRO
(Dentro.) ¿Dónde está el Rey?

REY
Castro, aquí.

CASTRO
(Saliendo.) Señor...

REY
Dí. ¿Qué desventura
sucede?

CASTRO
El pueblo murmura
agitado...

REY
¿El pueblo?

CASTRO
Sí.
Suspended la ejecucion;
la cólera no os domine...
Vais á hacer que se amotine
el pueblo.

REY
No hallo razon...

CASTRO
¡Señor!

Para suspenderla.
A indignacion me provoca
el pueblo. Callar le toca.
TRO Su furia...
No he de temerla.
Si embravecido se agita
recordando lo que fué
en otros tiempos, ¿por qué,
en vez de callar, no grita?
Si pesa sobre él mi yugo,
verás cómo no se éxcede,
Castro, porque mucho puede
la presencia del verdugo.
TRO Sabed que la régia silla
que pudísteis alcanzar,
os la viene á arrebatar
Alfonso, rey de Castilla.
¿Es cierto?
RO Sí es cierto, sí.
Mientras vos con la esperanza
de lograr vuestra venganza
no habeis salido de aquí,
él pasaba la frontera.
Nó, Castro, no me persuades...
RO Y en todas vuestras ciudades
muy bien recibido era.
¿Con que es verdad?—No me atrevo
á creer...
RO No lo dudeis.
Pero de escapar teneis
tiempo aun.
No, yo no debo...
RO Evitad vuestra ruina:

cuanto hiciérais fuera en vano:
á este sitio el castellano
ejército se encamina.

REY ¿Castro, y el rey de Aragon?

CASTRO No se sabe donde está,
pero habrá emprendido ya
su marcha sin dilacion.

REY Nadie, nadie me socorre
y son vanas mis porfías.
Fortun-Lopez, que hay dos dias
que se fugó de la torre,
¿aun no ha sido preso, Castro?

CASTRO Señor, prenderle he querido.

REY Entonces...

CASTRO Pero no ha sido
posible seguir su rastro.
Hice cuanto pude.

REY Calla.
Mis veces aquí has de hacer.
Vuelvo pronto.

CASTRO ¿Vais?...

REY A ver
si se agita esa canalla.

CASTRO Y ¿si algo quieren pedir
los presos?...

REY A todo accede,
que nada negarse puede
á los que van á morir.

CÁSTRO Doña Aurora pide ver
al Príncipe.

REY Que lo vea.

CASTRO ¿Consentís en que así sea?

REY Nada se debe temer.

Á cada cual lo que pida
le darás pronto, y despacha:
ten en cuenta que está el hacha
en sus cuellos suspendida.

(Váse por el foro.)

ESCENA VII.

CASTRO y GARCÍA.

CASTRO Id con Dios.—Me va cansando
de don Ramon el servicio,
y le dejára con gusto
por servir á don Ramiro.
García.

GARCÍA Señor.

CASTRO Conduce
á doña Aurora á este sitio.

GARCÍA Escuchad.

CASTRO Decid.

GARCÍA Un hombre
de noble rostro y altivo
ademan, mirando estaba
con detencion el castillo.

CASTRO Y ¿qué os parece?

GARCÍA Paréceme
espía del enemigo.
Algunos ginetes nuestros
persiguiéndole han salido.

CASTRO ¿Le han dado alcance?

GARCÍA No sé.
Sólo cuento lo que he visto.

CASTRO Ese hidalgo nos anuncia,
acaso, un nuevo peligro.
No os descuideis.

GARCÍA No temais.

CASTRO Traed esa dama á este sitio.

GARCÍA Lo haré así. (Váse.)

CASTRO Voy á traer
al Príncipe don Ramiro. (Váse.)

ESCENA VIII.

AURORA.

Corazon, calla y no llores
y reprime tus latidos,
que el pecho quiere saltar
conociendo tu martirio.
Aquí mi voz se confunde
y se ahogan mis suspiros,
que todo, todo lo ahogan
estos muros tan sombrios.
Dícenme, aunque no lo creo,
que puedo ver á Ramiro,
dícenme que va á morir...
¡Nó, no puede ser, Dios mio!
¡Morir él, morir mi padre!

Lo manda el tirano inícuo;
pero ¿han de morir los dos
que poseen mi cariño?
Presa aquí me tiene el Rey:
espera que mi albedrío
ha de rendírsele presto,
mirando tanto castigo.
Te engañas, Ramon, te engañas:
yo soy firme; no vacilo,
ni quiero dar mis amores
á tan cobarde asesino.
¿Piensas que después de muertos
mi buen padre y mi Ramiro,
tintas tus manos en sangre
habrás de gozar conmigo?
Te equivocas, desdichado:
si Rey un crímen te hizo
debes temer que otro crímen
acabe luego contigo.

ESCENA IX.

DICHA: RAMIRO y CASTRO.

STRO Aquí está el Príncipe. Habladle.
MIRO ¡Aurora!
RORA ¿Eres tú, Ramiro?
MIRO ¡Aurora!
RORA (A Castro.) Dejadnos solos,
que hablar pueda á mi albedrio.

ESCENA X.

AURORA y RAMIRO. Este permanece silencioso y sin mirar á AURORA. Esta, por último, se le acerca con timidez.

AURORA ¿Por qué apartas, Ramiro, tu mirada
de la mujer á quien adoras tanto,
cuando la muerte horrible y despiadada
pesa sobre nosotros?—Me da espanto
tu fúnebre silencio.—¿Por ventura
en algo te ofendí? ¿No soy aquélla
que consoló amorosa tu amargura,
la Aurora de otros tiempos?...

RAMIRO No eres ella.

AURORA ¡Ramiro, por piedad! ¿No ves que muero,
que el corazon al escucharte estalla?
Yo te he querido siempre... yo te quiero...
vengo á morir contigo...

RAMIRO Calla, calla.
Aurora, me engañaste.

AURORA ¿Y lo has creido?
Yo á la malicia y al engaño agena...
¿Y lo puedes creer?

RAMIRO (Aquí en mi oido
su voz angelical plácida suena.)
Escucha. En esta hora en que la muerte
muy próxima está ya...

URORA ¡Recuerdo amargo!

RAMIRO Para morir feliz quiero creerte,
quiero creerte, y dudo, sin embargo.
AURORA ¿Dudas de mí, Ramiro?
RAMIRO Dudo, Aurora.
Yo te he visto ofreciendo tus amores
al hombre que la muerte me dá ahora.
AURORA ¿Dudas de mí, Ramiro?
RAMIRO Sí.—No llores.—
Yo he perdido tu amor, que era el consuelo
del corazon que la desgracia hiere,
yo lo he perdido todo, y en mi duelo
al corazon he dicho: «calla y muere.»
AURORA ¡Ramiro, por piedad!
RAMIRO Al desvalido
aun la mujer que amaba le abandona.
A un tirano cruel has preferido,
mas ¿qué importa, si tiene una corona?
AURORA ¡No lo creas jamás, no te abandono!
RAMIRO Sí yo comprendo que razon te sobre.
Prefieres el mortal que ocupa el trono
á un Príncipe infeliz, mísero y pobre.
No busques más disculpas, es en vano,
nada puedes decir en este instante,
que es condicion del corazon humano
dejar al pobre por el rico amante.
AURORA ¡Me espantas!
RAMIRO Es verdad. Triste criatura,
que ciega la ambicion con sus reflejos,
pronto verás marchita tu hermosura.
El resplandor de un trono alumbra lejos,
quema al que se aproxima.—No lo dudes.—
Es como el fuego del volcan oculto.
¡Él ambicioso olvida las virtudes

y al vicio detestable rinde culto!
¡Ay mísero de mí!—Yo, que creia
que al ver cercana mi pastrera hora,
mi dolor consolando, aquí veria
pura cual siempre á mi adorada Aurora...
¡Ya no tengo esperanza!

AURORA Sí, Ramiro.
La muerte va á venir. De aquí no huyo.
¡Mi corazon, el aire que respiro,
cuanto me pertenece, todo es tuyo!
¡Es tan grande mi amor, es tan sincéro!
Digno del hombre, al fin, que me lo inspira.
¿Puedes dudar de él?

RAMIRO Sigue, que quiero
el cáliz apurar de la mentira.
Fingiendo estás amor, fingiendo enojos.
¿Tú, acaso, desmentir habrás creido,
Aurora, cuanto vieron estos ojos,
cuanto escuchó, para mi mal, mi oido?

AURORA Ramiro, vuelve en tí. Mi voz escucha.
¿Tú piensas que te engaño?

RAMIRO Sí lo pienso.

AURORA ¿Qué te podré decir?—Mi pena es mucha,
terrible mi afliccion... ¡mi amor inmenso!
Y si el amor de la mujer querida
en otro tiempo, de feliz memoria,
de la tuya, Ramiro, no se olvida,
será la muerte para mí una gloria.
A decirte mi lengua no se atreve
cuanto esplicar desea...

RAMIRO ¡Qué suplicio!

AURORA Decírtelo quisiera... pero debe
ignorado quedar mi sacrificio.

RAMIRO Al escucharte, conmovida siento
el alma que por tí sólo delira.
AURORA Gracias, gracias, Ramiro. Dí: ¿este acento
es el de la verdad, ó la mentira?
¿No comprendes que yo sacrificaba
por tí todo mi ser? ¿Que, por salvarte,
en los brazos del hombre me arrojaba
que podia absolverte ó condenarte?
¿Que el alma de aquel hombre, de improviso,
ardió por mí con devorante fuego,
y que robarme, despechado, quiso
por no atender á su amoroso ruego?
RAMIRO ¿Y ese hombre es un Rey?
AURORA No lo sabia.
Pero el saberlo más y más me asombra.
RAMIRO Y ¿no le conociste?
AURORA Nó. Seguia
todos mis pasos como oculta sombra.
Perdóname, Ramiro. Fuí cobarde.
Me arredraba la idea de tu muerte.
Para enmendar mi yerro, nó, no es tarde.
Contigo estoy. Compartiré tu suerte.
RAMIRO No lo digas, Aurora. Vive, vive.
AURORA ¿Para qué quiero vida tan funesta?
Debo morir.
RAMIRO Mi labio lo prohibe.
AURORA ¿Muertos mi padre y tú, ya, qué me resta?
¿Tú no quieres que muera?—No concibo...
Háblame, dime...
RAMIRO Sí, decirlo puedo.
Sin temor moriré noble y altivo,
y al verte á tí morir... tuviera miedo... (Muy bajo.)
Soy un Príncipe augusto, soberano,

y no es justo que tiemble ni que doble
humilde la cabeza ante un tirano,
quien es hijo del Rey don Sancho el Noble.

AURORA — Tienes razon; pero vivir no quiero
más tiempo del tirano perseguida.
Muere tú como noble y caballero:
yo misma pondré término á mi vida.

RAMIRO — Si tú mueres tambien, cuando sucumba
del odiado Ramon á los rigores,
ya no habrá nadie que mi helada tumba
vaya amorosa á coronar de flores...

AURORA — Yo iré, yo iré.

RAMIRO — Y en noche solitaria
en que aun el mismo viento esté dormido...

AURORA — Entonaré ferviente una plegaria
por el recuerdo de mi amor perdido.
Junto al sepulcro de mi padre amado,
del padre tierno que meció mi cuna,
y junto al tuyo pobre y olvidado
me hallará el sol y me verá la luna.

RAMIRO — Acuérdate de mí.

AURORA — No he de olvidarte.
Siempre aquí vivirás.

RAMIRO — No me abandonas...
Sábelo de una vez... ¡Yo por amarte
hubiera despreciado mil coronas!

ESCENA XI.

DICHOS y CASTRO.

CASTRO Retiraos. Un sacerdote
os espera en la capilla.
AURORA ¡Ramiro, tan pronto!
RAMIRO Sí.
La hora fatal se aproxima.
Resignación.
AURORA Nó, nó. ¡Ahora
quiero que vivas, que vivas!
RAMIRO ¡Adios!
AURORA ¡Ramiro!
RAMIRO El oirte
todo mi valor disipa.
AURORA ¡Adios!
RAMIRO ¡No olvides que has sido
el alma del alma mia! (Entra en la capilla.)

ESCENA XII.

AURORA, CASTRO y EL REY.

AURORA ¡Y habrá de cortar su cuello
del verdugo la cuchilla!

¿No hay esperanza ninguna
de atajar tanta desdicha?

REY Castro.

CASTRO Señor.

REY La canalla
ardiendo en furia se agita.
Mi nombre pronuncian todos
con reconcentrada ira,
refleja lo luz del sol
entre mil lanzas y picas...
Todo el pueblo está en la plaza
maldiciéndome.

AURORA ¡Justicia
de Dios! El coloso cae...
¡Tiembla, que Dios te castiga!

REY ¡Desventurada! ¿Tù aquí?
¿En tu locura, te olvidas,
por acaso, de que estás
en mi poder y eres mia?

AURORA ¡Tuya, jamás!

REY Corre, Castro,
por si el pueblo se amotina.

CASTRO Voy, señor.

REY De este castillo
la defensa está prevista.

CASTRO Nada temais. (Váse.)

REY Y si luego
inminente es mi ruina,
el fuego se encargará
de reducirlo á cenizas.

ESCENA XIII.

AURORA Y EL REY.

REY — Aurora, dime: ¿qué esperas
en esta mansion sombria?
AURORA — ¿Qué espero?
REY — Sí.
AURORA — ¿Por ventura
no sabeis que estoy cautiva?
REY — Nó, te engañas.
AURORA — La verdad
¿negais así?
REY — No lo digas.
AURORA — ¿Por qué?
REY — Porque tu prision
más que á tí me martiriza.
Los tormentos que ahora sufro
en goces se cambiarian,
si de amor viera en tu boca
una anhelada sonrisa.
AURORA — Nunca lo esperes Ramon;
nací noble, soy altiva,
y tus horribles crueldades
me asombran y me horrorizan.
REY — Cállate, Aurora.—Tus quejas
mi pena terrible avivan.

Yo sé bien que estoy maldito,
que están mis manos teñidas
en sangre, que sangre bebe
la tierra que mis piés pisan...
Pero ¿qué importa? Adelante
mientras me dure la vida.

AURORA ¿Piensas vivir, insensato,
con la conciencia intranquila,
acosado de fantasmas
que todos tus pasos sigan,
de recelos, de inquietudes,
de maldiciones contínuas?...
¿A vida tan lastimosa
se le puede llamar vida?

REY ¡Desgraciada!

AURORA Sí en verdad,
pero mírame tranquila
mientras que tú que eres Rey
ante mi la frente inclinas.

REY Por última vez pregunto
si quieres, ó nó, ser mia.

AURORA ¡Nunca, nunca!

REY Tú lo quieres. (Dan las doce.)
Esa campana me avisa
que ya ha llegado la hora
tanto tiempo apetecida.
Quédate, si quieres verlos,
que es justo que te permita
despues de tantas desgracias
este instante de alegria.
¿No esperabas?...

AURORA ¡Ver en tí
un alma tan corrompida!

REY ¡Aurora!
AURORA Eres un infame,
Ramon. ¡Que Dios te maldiga!

ESCENA XIV.

DICHOS: RAMIRO, GARCÉS, IÑIGUEZ, AZNAR y JIMENEZ, que salen de la capilla entre algunos soldados.

REY Míralos.
AURORA ¡Padre... Ramiro!
RAMIRO ¡Aurora!
GARCÉS ¡Aurora!
AURORA ¡Ay de mí!
RAMIRO Para siempre te perdí.
AURORA Tan sólo al pensarlo espiro.
RAMIRO No es posible que ya tarde
de nuestra muerte la hora:
no debeis gemir ahora,
no se mofe ese cobarde.
REY Tu necio orgullo doblega,
caiste bajo mi ley.
RAMIRO ¡El que nació hijo de Rey
jamás á un tirano ruega!
Vamos á la muerte. Bien.
Nos mandas ajusticiar...
Tú no podrás olvidar
la roca de Peñalen.
¿Por qué callas, y la frente

mústia al suelo has inclinado?
¡Es porque tiembla el malvado?
delante del inocente!
Y aunque oirlo no te cuadre,
y aunque voy presto á morir,
quiero ante todos decir...
¡que asesinaste á mi padre!

GARCÉS Señor...

RAMIRO Calla.

REY Nó. De fijo
loco está quien lo pensó.

RAMIRO ¡Este al padre asesinó
y hoy quiere matar al hijo!
¡Dos, dos años han pasado
desde que al padre perdí!
Yo perseguido me ví,
tú te vistes encumbrado.
Escuchad. Hubo en Navarra
un Rey de gran corazon,
que al castellano Leon
supo sugetar la garra.
Sus vasallos le querian
por valiente y por humano:
sólo su hermana y su hermano
á este Rey aborrecian,
porque la ciega ambicion
á sus ojos puso venda.
Le mataron Ermesenda,
Ermesenda y don Ramon. (Pausa.)
En una noche fatal,
que siempre fija está aquí,
yo, don Ramon, yo te ví
esgrimiendo ese puñal.

Se hiela mi sangre toda...
pero yo no callaré.
¡Tú le asesinaste, y fué
en el castillo de Roda!
¡Ví que mi padre moria
herido por dos villanos!
Yo, aunque niño, con mis manos
la sangre atajar queria...
Muerto mi padre, mi bien,
con dureza me apartaron,
de su cuerpo, y lo arrojaron
al tajo de Peñalen...
¡Yo ví á tu víctima, impio!
¡Mis ojos llanto brotaban,
y los buitres... revolaban
sobre el muerto padre mio!
Tú, subido en un peñon,
solo y niño me miraste,
y perverso te gozaste
en mi pena y mi afliccion.
Reinaste. Mas tu delito
te ha dado amarguras hondas.
¡No respondas! ¡No respondas!
¡Estás maldito, maldito!!

(Pausa. Todos miran al Rey con horror. Empiezan á oirse rumores muy leves, que al final de la escena XV se convierten en una gritería general, distinguiéndose entre todos, los gritos de *viva el Príncipe* y *muera don Ramon*.

ESCENA XV.

DICHOS: GARCÍA, FORTUN-LOPEZ y soldados.

GARCÍA Señor, este prisionero
la guardia acaba de hacer.
FORTUN Yo me he dejado prender;
la verdad es lo primero.
GARCÉS ¡Fortun-Lopez!
RAMIRO ¿Como aquí
os miro?
FORTUN A decirlo voy.
REY Fortun-Lopez...
FORTUN Yo, aquí estoy,
y el Rey de Aragon, allí. (Señala á la puerta del foro
REY ¿El Rey de Aragon?
FORTUN Sin duda.
REY ¡Mientes!
FORTUN Juro por mi fé...
REY ¿Y á qué viene el Rey?
FORTUN ¿A qué?
Á dar al Príncipe ayuda.
Y, no encontrando manera
de entrar en esta prision,
provoqué á la guarnicion
y dejé que me prendiera.
Cumplí como noble.

RAMIRO Amigo,
venid á estrechar mi mano.
FORTUN Con besarla estoy ufano. (La besa.)
REY (Al Principe.) Irá al cadalso contigo.
(Crecen los gritos.)

ESCENA XVI.

DICHOS y CASTRO que sale por el foro con soldados, que parecen haber sufrido alguna derrota. Gritos al principio de la escena; y prosiguen hasta el fin, aunque más amortiguados, para no interrumpir la accion. CASTRO trae rota la espada, y se dirije al REY con angustia.

CASTRO ¡Señor, señor!
REY ¿Qué me quieres?
CASTRO Ya vuestro imperio termina.
REY Pues ¿qué?...
CASTRO El pueblo se amotina
y aquí llega.
REY ¿Qué profieres,
Castro? ¿Mis huestes altivas...?
CASTRO Abandonándoos están:
juntas con el pueblo van
al Príncipe dando vivas. (Gritos.)
GARCÉS Ved. El pueblo os victorea.
Reinad.
RAMIRO A reinar no aspiro.
GARCÉS ¡Que el Príncipe don Ramiro
sea nuestro Rey!

TODOS (Menos el Rey.) ¡Que lo sea! (Disminuyen los gritos.)
RAMIRO Acallad esos clamores:
no quiero subir al trono
por no sufrir el encono
de perversos y traidores.
No quiero ver, por mi mal,
que mi corazon taladre,
como sucedió á mi padre,
un fratricida puñal.
IÑIGUEZ Reinad.
GARCÉS Mi pecho desgarra
¡oh Príncipe! vuestro intento.
FORTUN Reinad.
RAMIRO ¡Desde este momento
Ramirez reina en Navarra!
Y aunque derecho me abona,
retiro mi pretension
al trono: al Rey de Aragon
le cedo yo la corona.
REY A Zaragoza partamos.
Su ¡Monarca allí me espera.
Venid... venid... vamos fuera.
CASTRO Con el Príncipe quedamos.
REY Pues yo solo he de salir
de aquí. Yo sabré vengarme.
Temblad, que voy á ampararme
del Rey moro Almuctadir.
RAMIRO ¡Y de un infiel, sin decoro,
va á ampararse este villano!
—Bien.—¡El que mató á su hermano (Transicion.)
debe ampararse de un moro.
REY ¡Ah! ¿Me insultas?
RAMIRO ¿Piensas, necio,

que yo ofenderte podria?
Fuera honrarte en demasia.
Te perdono... ¡Te desprecio!
Huye... pronto... ¡Oh feliz dia! (Váse el Rey.)
Que reine el Rey de Aragon,
pues basta á mi corazon
con tu amor, Aurora mia.

AURORA ¡Ramiro!

RAMIRO Sí, de esta tierra,
que vió crecer mis verdores,
huyamos, de los furores
de tan cruda y feroz guerra.
Con nosotros vendreis vos. (A Garcés.)
¿Consentís?

GARCÉS ¿Que si consiento?
Con vuestra union soy contento.
¡Hijos... que os bendiga Dios!

RAMIRO (A Aurora.) Si en nuestra mansion sencilla,
viendo el dia terminar,
una lágrima brillar
ves, acaso, en mi mejilla;
no será que mi abandono
llore en dias tan serenos,
no será que eche de menos
el resplandor de ese trono.
Que será gozo su doble,
viviendo oculto en buen hora,
siendo feliz con su Aurora,
EL HIJO DE SANCHO EL NOBLE.

(Los caballeros y soldados, poesidos de viva emocion, al escuchar las palabras de Ramiro, se acercan á él, y con gestos y actitudes parecen oponerse à su resolucion. Ramiro se vuelve á ellos enternecido.)

Sancho Ramirez es ley (A todos.)
que reine. ¡Renuncia hice!
¡Vuestro Príncipe os bendice! (Transicion.)
¡Sed fieles á vuestro Rey!

(Caen todos de rodillas á los piés de Ramiro. Este los bendice sollozando. Se oyen los gritos del pueblo. Cae el tolon lentamente.

FIN DEL DRAMA.

NOTA.—El buen criterio de los lectores suplirá las erratas de foliacion y algunas otras.